

nologistas hallan, despues de bien echadas las cuentas, que la pérdida de Troya y viaje de Enéas fué anterior más de doscientos años (algunos se extienden á trecientos) á la fundacion de Cartago, hecha por la reina Dido.

§ XVIII.

Penélope, mujer de Ulises.—Así como esta reina tuvo la infelicidad de atribuirse unos amores torpes, que no tuvo, Penélope, mujer de Ulises, logró la dicha de que hoy nadie le dispute la honestidad por que tanto la celebran. Mas no fué así otro tiempo. Francisco Florido Sabino dice, que no ménos fué ficcion de Homero pintar casta á Penélope, que de Virgilio representar lasciva á Dido. Cita, contra la pretendida honestidad de Penélope, al poeta Licofron y al historiador Duris de Samos. Este segundo describe en Penélope una vilísima prostituta. Tomas Dempstero añade al mismo intento otro antiguo historiador, llamado Lisandro, el cual dice lo mismo que Duris de Samos.

§ XIX.

Laberinto de Creta.—De cuatro laberintos famosos da noticia Plinio: el de Egipto, el de Creta, el de Lémnos y el de Italia. El primero lo fué en todo, en antigüedad y en magnificencia. El de Creta, aunque sumamente inferior en grandeza al de Egipto, pues sólo fué una imitacion tan diminuta de éste, que, segun el autor citado, sólo copió la centésima parte de él, logró la dicha de hacer mucho más ruido en el mundo que su insigne original. Esto sin duda nació de la fantasía y locuacidad de los griegos, que, noticiosos de las cosas de Creta, como más vecinas, transformaron, segun su genio y costumbre, la verdad de algunos hechos en portentosísimas fábulas; los amores de la reina Pasifae con Tauro (general de las tropas de Minos, segun Plutarco, ó secretario suyo, como afirma Servio) en bestial lascivia con un toro: dos hijos que tuvo esta reina, uno del adúltero Tauro, otro de su esposo Minos, en un monstruo medio hombre, medio buey, que llamaron Minotauro, á cuya prision se destinó el laberinto, para que allí con el hilo de Ariadna se tejiesen las aventuras de Teseo. Digo que estas ficciones, intimadas á todo el mundo por la locuacidad de los griegos, hicieron tan famoso aquel laberinto, que hasta el vulgo infimo le nombra, y ni nombra ni tiene noticia de otro que el de Creta.

Sin embargo, es probable que no hubo jamás tal laberinto. El doctísimo prelado Pedro Daniel Huet, sobre la fe de algunos autores que cita, esforzando su testimonio con conjeturas propias, resueltamente niega su existencia, y dice que la ocasion que hubo para fingirle se tomó únicamente de unas grandes y tortuosas cavernas, sitas á la raíz del monte Ida, y formadas cuando el rey Minos sacó de las canteras que habia en aquel sitio piedra para edificar la ciudad de Cnosó y otros pueblos. Añade que áun existen aquellas cavernas, y que Pedro Belonio, famoso viajero del siglo xvi, testifica haberlas visto. No desayuda á esta sentencia el decir Plinio que en su tiempo no habia vestigios algunos del laberinto de Creta, aunque restaban del egipciaco, que era más antiguo.

§ XX.

Enéas y su venida á Italia.—La venida de Enéas á Italia, sus guerras y casamiento con la hija del rey Latino, tienen contra sí algunos testimonios de la antigüedad, aunque, por otra parte, entre sí discordes. Citase á Lesches, antiquísimo poeta de Lesbos, que afirma, que Enéas fué entregado por esclavo á Pirrho, hijo de Aquiles. Demétrio de Scepsis, dice, que Enéas, despues de la ruina de Troya, se retiró á la misma ciudad de Scepsis, que estaba situada dentro de la Troade, y allí reinaron él y su hijo Ascanio. Segun Egesippo, Enéas murió retirado en Tracia. Otros refieren que, partidos los griegos, reedificó la ciudad de Troya y reinó en ella. Estas y otras opiniones tocantes á Enéas se hallan copiadas en el *Diccionario de Moreri*.

§ XXI.

Rómulo.—La fundacion de Roma por Rómulo tambien es contestada. Jacobo Hugo, en su libro *Vera historia romana*, la niega. Jacobo Gronovio, en una disertacion *De origine Romuli*, citada en la *República de las letras*, le concede la fundacion de Roma, pero le hace extranjero; por consiguiente, da por fabuloso todo lo que se dice del nacimiento, padres y ascendientes de Rómulo. Y aunque estas opiniones se funden en meras conjeturas, la duda, que de ellas nace, se fortifica mucho con la confesion de Livio, que las antigüedades de Roma son muy dudosas y obscuras. Lo que se puede asegurar es, que los que dicen ser Rómulo hijo de una virgen vestal se engañan, porque el instituto de las vestales fué establecido por Numa Pompilio, que reinó despues de Rómulo. Es verdad que Livio dice uno y otro; que Rómulo fué hijo de una virgen vestal, y que fundó las vestales Numa; pero es preciso decir que, ó cayó en contradiccion este grande historiador, ó que colocó el nacimiento de Rómulo entre las antigüedades dudosas, refiriéndose sólo como opinion vulgar (1).

(1) Notamos como contradiccion de Tito Livio hacer á Rómulo hijo de una vestal, suponiendo que Numa, posterior á Rómulo, fué fundador de el instituto de las vestales; en lo que nos hemos equivocado; pues de el mismo Livio consta que el instituto de las vestales habia tenido su origen en Alba, con mucha anterioridad al reinado de Numa. Son sus palabras, hablando de este rey: *Virginesque veste legit Alba oriundum sacerdotium*. Numa, pues, no hizo más que introducir en Roma el instituto de las vestales, el cual existia ántes en Alba, de donde era Rómulo.

Este es el lugar oportuno para introducir una curiosa adiccion sobre la incertidumbre de la antigua historia romana, con parte de los materiales que para este efecto hallo en Plutarco, en el libro ó tratado que intituló *Paralelos*; cuyo asunto es mostrar en las historias griegas varios sucesos de los más ilustres que se hallan en las romanas, circunstanciados de la misma manera, con sola la diferencia de los sujetos y los sitios; lo que funda un probabilísimo concepto de que los escritores romanos copiaron de los griegos aquellos sucesos para dar á su patria este falso y mentido lustre. Plutarco cita los autores griegos que refieren los sucesos, los cuales despues, segun parece, copiaron los romanos.

La historia romana cuenta, que habiendo ido Rhea Silvia, virgen vestal, á sacrificar á un bosque, aprovechándose el dios Marte de la ocasion, la violó, siendo la resulta el parto de los gemelos Rómulo y Remo, á quienes, expuestos á la márgen del Tiber, dió al principio leche una loba, y hallados despues por el pastor Faustulo, los entregó á su mujer Laurencia para que los criase. La mis-

§ XXII.

El cruel Busiris.—La crueldad de Busiris, rey de Egipto, que sacrificaba á Júpiter todos los extranjeros que aportaban á su reino, se ha extendido tanto en la voz de la fama, que llegó á proverbio. Apolodoro, autor de la *Biblioteca de los Dioses*, refiere esta inhumanidad, dejando aparte los poetas, que, cuando se trata de buscar la verdad, no tienen voto. Diodoro Sículo condena ésta por fábula, y declara que el origen de ella fué la costumbre bárbara, que se practicaba en aquel país, de sacrificar á los manes de Osiris todos los hombres rojos que se encontraban; y como casi todos los egipcios son pelinegros, caía la suerte comunmente sobre los extranjeros. Añade que *Busiris*, en lengua egipcia, significa el sepulcro de Osiris; y el nombre que significaba el lugar del sacrificio, quisieron, por equivocacion, que significase el autor de la enfermedad. Estrabon, citando á Eratóstenes (autor de especialísima nota para las antigüedades egipcias, porque tuvo á su cuidado la gran biblioteca de Alejandría en tiempo de Ptolomeo Evergetes), dice, que no hubo jamás rey ni tirano del nombre de Busiris, y en cuanto al origen de la fábula, viene á decir lo mismo que Diodoro Sículo.

ma historia, sin que le falte un ápice, refiere Zopiro Bizantino de la griega Filonomia, hija de Nictimo; la cual, habiendo entrado en un bosque, y siendo en él oprimida de el dios Marte, parió dos hijos, que, echados en el rio Erimanto, y arrojados por la corriente á la playa, recibieron el primer alimento de una loba; y siendo despues recogidos por el pastor Telefo, llegaron á ser reyes de Arcadia.

Refiérese que á Rómulo mataron en la curia los senadores, enfadados de su dominio; y que, para ocultar la muerte al pueblo, llevó cada uno un pedazo de el cuerpo del difunto rey debajo de la ropa; con que, no pareciendo el cadáver, pudieron fingir y persuadir al pueblo que habia subido al cielo. Lo propio, ello por ello, escribió Teófilo en su *Historia de el Peloponeso*, de Pisistrato, antiguo rey de Orchomena. Los senadores, indignados de que favorecia más al pueblo que á la nobleza, le hicieron pedazos; y dividido el cadáver en muchos trozos, que llevaron á sus casas ocultos, hurtaron al conocimiento de el público el asesinato. Luégo Tiestimaco, uno de los de la faccion, fingió que habia visto á Pisistrato sobre la cima de el monte Piseo, en figura de deidad.

Macrobio y Plutarco nos dicen, que despues de la repulsa que padecieron los galos en Roma, los latinos se ligaron contra los romanos, y los amenazaron con su total ruina, si no les entregaban todas las mujeres de calidad que habia en el pueblo. Estaba el Senado perplejo sobre lo que habia de deliberar, cuando todas las esclavas fueron á ofrecerse para engañar al enemigo, vestidas con la ropa de sus amas. Aceptóse la oferta; salieron las esclavas muy de señoras, los latinos pasaron toda la noche en festivos desórdenes, fueron sorprendidos y derrotados por los romanos. Dasilo, en su *Historia de Lidia*, refiere, que los sardianos hicieron la misma demanda á los de Smirna, que fué eludida con el mismo estratagem, y el suceso igualmente dichoso.

Una de las más heroicas acciones en obsequio de la patria, que preconizan los romanos escritores, es la de Curcio, caballero romano. Habíendose abierto una horrenda sima, que amenazaba á sorberse la ciudad de Roma, y siendo consultado sobre el remedio de la urgencia el oráculo, la respuesta fué que sólo se podia cerrar aquel boqueron arrojando en él lo más precioso de Roma. Curcio, contemplando que lo más precioso era la vida del hombre, adornado de sus armas y puesto á caballo, se arrojó en aquel abismo, con que al punto se cerró. Sin qualir ni poner, cuenta lo mismo, y con las mismas circunstancias, Calisthenes, citado por Sthobeo de Anchuro, hijo de el rey de Frigia.

Mucio Scévola, queriendo matar á Porsena, rey de los etruscos, que tenia muy apretados por hambre á los romanos, juzgó ser el

§ XXIII.

Las dos Artemisas.—Hállase en muchas historias celebrada Artemisa, reina de Caria, por la ternura y constancia del amor conyugal á su esposo Mausolo, á quien erigió aquel magnífico sepulcro, una de las siete maravillas del orbe, y la misma aplaudida por la prudencia y espíritu marcial que mostró en la guerra de Jérges contra los griegos, y en otras ocasiones. Esto fué confundir en una dos diferentes Artemisas, reinas ambas de Caria, que distinguen los antiguos escritores. Esta, de quien hablamos en segundo lugar, fué muy anterior á la otra, hija de Ligdamis, la más antigua; hija de Hecatomno, la posterior; donde se advierte, que la que dió nombre á la yerba artemisa no fue la mujer de Mausolo (en que se equivocó Plinio), sino la hija de Ligdamis; pues en Hipócrates, que fué anterior á la mujer de Mausolo, se halla nombrada con esta misma voz la yerba artemisa.

§ XXIV.

Dionisio el Senior.—Es conocido de todos Dionisio el primero de Sicilia por uno de los más desapiadados tiranos que tuvo el mundo; en tanto grado, que apenas se halla

Rey uno de su comitiva, al cual dirigió el golpe. Preso despues, y llevado al Rey, cuando advirtió que se habia equivocado, puso la mano en el fuego para abrasarla, diciendo al Rey, al mismo tiempo que estaba ardiendo la mano, que cuatrocientos del mismo valor habian salido de Roma con el mismo designio; de lo cual amedrentado Porsena, levantó el sitio. Punto por punto cuenta Agatárctides Samio el mismo suceso de un ateniese llamado Agasilao, que, queriendo matar á Jérges, mató por equivocacion uno de su comitiva. Puso despues la mano en el fuego, y dijo á Jérges lo mismo que Mucio á Porsena.

La batalla de los tres hermanos Horacios con los tres hermanos Curciacos, en que, muertos dos de aquellos, el que quedó vivo con un agudo estratagemá mató á los tres Curciacos; y despues, volvicado vencedor, á una hermana suya, porque lloraba la muerte de uno de los Curciacos; desposado con ella, se halla en todas sus partes apropiada por Demarató á tres hermanos de Tegea y tres de Feneá, pueblos de la Arcadia. Otros muchos sucesos bastante semejantes, que reciprocamente se apropian los historiadores griegos y romanos, trae Plutarco en el citado libro de *Paralelos*; pero los omito, porque no son tan unas las circunstancias, que su repeticion no pueda atribuirse á casualidad. Mas la perfecta uniformidad de los que he referido, enteramente persuade que se copiaron unos de otros.

El abad Sallier, en una disertacion que se halla impresa en el tomo vi de la *Historia de la academia real de Inscripciones y Bellas Letras*, pretende que, en este encuentro de sucesos un formes, los que fingieron no fueron los romanos, sino los griegos; esto es, copiaron éstos á aquellos, no aquellos á éstos. Como la grande autoridad de Plutarco probabiliza mucho lo contrario, quiere que no sea éste autor de los *Paralelos*, sino otro escritor poco digno de fe, y que el designio de el autor, quien quiera que fuese, fué mostrar que la Grecia no habia sido, en copia de grandes hombres, inferior á Roma.

Yo, habiendo mirado con atencion el libro de los *Paralelos*, hallo más motivo para pensar que los romanos fueron los copistas. El designio que el abad Sallier atribuye á los griegos, de honrar á su nacion, no parece tiene mucho cabimiento, porque entre los sucesos referidos en los *Paralelos* hay muchos que son más propios para deshonrarla. Para nuestro intento, que es mostrar la incertidumbre de la historia, poco hace al caso que la incertidumbre de aquellos famosos hechos quede á cuenta de los historiadores griegos ó romanos. Mas la realidad es, que queda á cuenta de unos y otros, siendo cierto que nadie en esta cuestion puede pasar de débiles conjeturas.

nombrado sin el adjunto epíteto de *tirano*. Sin embargo, puede hacer dudar de que le haya merecido la historia de Filisto, que le elogia y defiende, sabiéndose que la escribió estando desterrado de Siracusa, su patria, por el mismo Dionisio; si no es que se discorra, como discurren Pausanias y Plutarco, que fué á lisonjearle porque le alzase el destierro. Pero esto será pura conjetura. El hecho es, que en las circunstancias de vivir fuera de su dominación y estar quejoso, le elogia. Lo propio sucedió á Tucídides respecto de Pericles; y nadie deja de tener por recomendación sincera de las virtudes de este gran caudillo, la que hizo aquel historiador, desterrado de Atenas y perseguido por el mismo Pericles.

§ XXV.

Apéles y Campaspe.—Cuéntase que estando Apéles en la tarea de pintar desnuda á Campaspe, hermosa concubina de Alejandro, de cuyo orden sacaba la lasciva copia, se encendió en el corazón del pintor una violentísima pasión respecto del objeto del pincel; de lo cual advertido Alejandro, ejerció un género de liberalidad, acaso no visto otra vez, cediendo á Apéles la posesión de Campaspe. Así lo refieren Plinio y Eliano; pero esta relación es incompatible, ó por lo ménos inverisímil, cotejada con lo que dice Plutarco, que la primera mujer con quien dejó de ser continente Alejandro fué la hermosa viuda de Memnon, llamada Barsene, porque, bien miradas las cosas, se halla data anterior al suceso de Apéles con Campaspe, respecto del de Alejandro con Barsene.

§ XXVI.

Sexto Tarquino y Lucrecia.—Siempre que se habla del suceso de Sexto, hijo de Tarquino, con la hermosa Lucrecia, se supone que intervino violencia inmediata y rigurosa en aquel insulto; circunstancia que agrava la torpeza del invasor y deja más intacta la virtud de aquella generosa romana. Pero la verdad es, que no hubo fuerza propiamente tal. El hecho, como lo refieren Tito Livio y Dionisio Halicarnáseo, fué de este modo: llegó Sexto en alta noche, con la espada desnuda en la mano, al lecho de Lucrecia, y despertándola, le intimó, lo primero, que no diese voces, porque al primer grito le pasaría el pecho con el acero que empuñaba. A esta intimación sucedieron los ruegos, á los ruegos las promesas, llegando á ofrecer hacerla reina, según uno de los autores alegados. Cuando vió Sexto que no hacían fuerza ruegos ni promesas, pasó á las amenazas. Dijo que le daría allí la muerte si no condescendía á su apetito. No bastó esto para vencer la constancia de Lucrecia. En fin, vistas inútiles las demás máquinas, apeló el astuto jóven á otra de especialísima fuerza. Trató de vencer el honor con el honor, como el diamante, que á todo lo demás resiste, sólo se deja labrar de otro diamante. Intimó á Lucrecia, que, si no condescendía, no sólo la mataría á ella, pero juntamente á un esclavo, y pondría el cadáver de éste junto al suyo en el propio lecho; con que, hallada de aquel modo cuando llegase la luz del día, incurriría la pública nota de adúltera con tan vil persona, y quedaría para toda la posteridad manchada su fama. No tuvo valor Lu-

crecia para resistir á esta última batería. Rindió el honor por no padecer la infamia, y castigó después con demasiado rigor su condescendencia, quitándose la vida.

§ XXVII.

Espejos de Arquímedes y Proclo.—El artificio con que se refiere haber quemado Arquímedes las naves romanas, que debajo de la conducta de Marcelo sitiaban á Siracusa, se ha hecho sumamente plausible en las historias, y ha ejercitado el ingenio de no pocos matemáticos sobre la investigación de la posibilidad y del modo. Dícese que Arquímedes hizo aquel estrago vibrando á las naves los rayos del sol unidos en el foco de un espejo ustorio. Juzgo que esta narración, aunque tan vulgarizada en los autores es fabulosa. La razón para mí de gran peso es, porque ninguno de los antiguos que trataron del sitio de Siracusa refiere tal cosa, ni aparece vestigio alguno de la invención de los espejos de Arquímedes, ni en Polibio, ni en Tito Livio, ni en Plutarco, ni en Floro, ni en Plinio, ni en Valerio Máximo. En que lo más ponderable es, el que los tres primeros tratan difusamente de los maquinamientos que inventó Arquímedes para destruir las naves romanas. ¿Cómo es creíble que todos callasen el uso de los espejos, si le hubiese habido? El primer autor en quien se halla esta noticia es Galeno, quien, sobre no ser historiador de profesión, y haber escrito cuatrocientos años después del sitio de Siracusa, no la da asertivamente, sino debajo de un *dicese* (ajunt).

Esto es en cuanto al hecho. Por lo que mira á la posibilidad, los matemáticos, á quienes toca disputarla, están varios, afirmándola unos, negándola otros. Toda la dificultad pende de la distancia que suponen desde el muro á las naves, la cual siendo mucha, se juzga comúnmente imposible la construcción de espejo tan grande, que alcanzase á ellas con el foco. En que se advierte, que la distancia del foco (que es el punto ó breve espacio donde se hace la combustión) al espejo ustorio tiene cierta proporción con el diámetro de éste. Algunos escogitaron artificio con que el espejo ustorio quemase á cualquier distancia; pero los mejores matemáticos tienen por quimérica la línea ó virga ustoria infinita, la cual excluida, y supuesta la distancia que comúnmente los modernos atribuyen á las naves (pues el padre Kircher, que es quien más la estrecha, la señala de treinta pasos geométricos), apenas hay lugar á la formación de espejo tan grande, que pudiese quemarlas. Por lo cual otros recurrieron á muchos espejos planos trabados y compuestos en forma cóncava ó parabólica; pero yo noto en esta materia un insigne descuido de los matemáticos que la tratan, por lo que mira á la supuesta distancia, pues Polibio, Tito Livio y Plutarco ponen las naves tan cercanas al muro, que desde él las alcanzaban y maltrataban los sitiados con palancas, tenazones y otros instrumentos de hierro; y áun Polibio dice, que con escalas puestas en las naves pasaban los romanos desde ellas á la muralla. Lo cual siendo así, no era menester espejo ustorio de imposible magnitud para quemarlas. Así me parece que en este asunto seguramente se puede negar el hecho con-

tra el común de los historiadores, y afirmar la posibilidad contra el común de los matemáticos.

De otro célebre matemático, llamado Proclo, en tiempo del emperador Anastasio, se cuenta lo mismo que de Arquímedes, esto es, que con espejos ustorios quemó las naves del conde Vitaliano, que tenía sitiada á Constantinopla. Esta narración tiene también contra sí el silencio de los autores anteriores á Zonaras, que escribieron de la guerra que hubo entre Anastasio y Vitaliano. Ni Evagrio Scholástico, que vivió en el mismo siglo de aquella guerra, esto es, en el sexto; ni el conde Marcelino, que floreció en el séptimo; ni Credo, que escribió en el undécimo, hablan palabra de Proclo ni de sus espejos. Zonaras, que floreció en el duodécimo, es el primero que da esta noticia, y no con aseveración, sino debajo del *dicese* (fertur). Añado que el conde Marcelino refiere, que Vitaliano se retiró del sitio de Constantinopla, no por haberle destruido su armada, como dice Zonaras, sino porque el emperador Anastasio solicitó, y obtuvo de él, el levantamiento del cerco, mediante una gran suma de oro y otros magníficos presentes que le envió.

Advierto también, que en el *Teatro de la vida humana* se hallan citados Evagrio y Paulo Diácono á favor de los espejos de Proclo; pero ni uno ni otro autor hablan palabra de tales espejos. Estas grandes compilaciones están expuestas á grandes engaños.

§ XXVIII.

Comunicación del mar Bermejo con el Mediterráneo.—Léese en varias historias, que algunos príncipes tentaron la comunicación del mar Rojo al Mediterráneo por el Nilo; pero hallaron siempre insuperables estorbos, creyendo algunos que el principal, ó acaso único, fué el temor de que el mar Rojo, por estar más alto que el Mediterráneo, inundase á Egipto. En la academia real de las Ciencias, año de 1702, con ocasión del exámen de la carta geográfica que hizo de Egipto monsieur Boutier, se examinó este punto, y se halló que aquel temor era quimérico. Pasóse más adelante, y se halló por la lectura de algunos antiguos historiadores, que en efecto hubo dicho canal de comunicación en tiempos antiquísimos.

§ XXIX.

Faramundo, ley sálica y doce pares.—Arriba dijimos que Carlos Sorel dudó de la existencia de Faramundo, á quien tienen por su primer rey los franceses. El señor Du Haillan no se alarga á tanto, pero niega constantemente que aquel príncipe pasase jamás á esta parte del Rin. Niégale asimismo la institución de la ley sálica. Tiene también por fabuloso que Carlo Magno instituyese los pares de Francia.

§ XXX.

Ampolla de Rems y lises francesas.—La singularísima gloria que resulta á la misma monarquía y á sus reyes de haber bajado del cielo, en la coronación de Clodoveo, el óleo con que se consagran, y las lises francesas que tienen por divisa, conducido aquel por una paloma, y éstas por un ángel, no tienen tan asentado

su crédito entre los franceses mismos, que algunos no duden, pues al referirlo usan de las expresiones *dicese, cuéntase, créese*, etc. El silencio de san Gregorio Turonense, que escribió de milagros con tanta amplitud, y en quien notan muchos algo de nimia credulidad, parece á algunos prueba eficaz de que no hubo tal prodigio. Asimismo el silencio de Paulo Emilio, noble historiador general de las cosas de Francia, persuade que tuvo por fabulosa esta noticia; pues á juzgarla probable, no la hubiera omitido (1).

§ XXXI.

Origen de la salutación en los estornudos.—Al tiempo de san Gregorio se fija el origen de saludar á los que estornudan, diciendo que en tiempo de aquel santo se padeció en Roma una gravísima pestilencia, cuya funesta crisis era un estornudo, y luego moría el enfermo. Que el santo Pontífice ordenó el remedio de la oración para aquel mal, y que de aquí quedó el uso de la imprecación de salud, siempre que alguno estornuda. Esta tradición, aunque comunisimamente recibida, evidentemente es fabulosa. De Aristóteles consta, que en su tiempo era común el uso de saludar á los que estornudan, pues inquiere la causa de esta costumbre en los *Problemas*, sección 33, cuestión 7 y 9, donde resuelve que se hace esto por ser el estornudo indicio de estar bien dispuesta la cabeza, parte nobilísima y como sagrada del hombre: *Perindè igitur, quasi bonæ indicium valetudinis partis optimæ, atque sacerrimæ, sternutamentum adorant, beneque augurantur.* En la academia real de las Inscripciones se trató este punto, y se exhibieron noticias de que, no sólo entre griegos y romanos era corriente esta práctica, pero aún en el Nuevo Mundo la hallaron establecida los españoles, cuando descubrieron aquellas tierras. El señor Morin, miembro de aquella academia, discurre que la tradición común que hoy reina sobre el origen de estas saluciones, se ocasionó de otra tradición fabulosa y mucho más antigua. Esta fué la de los rabinos (citada en el *Lexicon Talmúdico* de Buxtorff), que decían que Dios al principio del mundo estableció la ley general de que los hombres no estornudasen más que una vez, y que en el instante inmediato muriesen. Que efectivamente así sucedió, sin excepción de alguno, hasta el patriarca Jacob, el cual, en una segunda lucha que tuvo con Dios, obtuvo la revocación de esta ley, y que siendo informados todos los príncipes del mundo de este hecho, ordenaron á sus súbditos acompañasen en adelante el estornudo de acciones de gracias y saludables imprecaciones. Es tan análoga nuestra tradición á la rabinica, salvo el no ser tan extravagante como ella, que se hace verisímil que la primera fábula engendrara la segunda (2).

(1) El abad Lenglet du Fresnoi dice, que el descenso de la santa Ampolla y de las flores de lis de el cielo, son maravillas incógnitas á los primeros escritores franceses, aunque muy celebradas por los autores medianos de los últimos tiempos (*Mem. Trevoux*, año 1735, artículo LXVI.)

(2) El padre Menochio, tomo III, centuria II, capítulo IV, prueba con muchas autoridades la antigüedad de saludar ó imprecar bien á los que estornudan, anterior muchos siglos á san Gregorio. Apuleyo, en su *Asno de oro*, refiriendo el cuentecillo de una adúl-

§ XXXII.

Reina Brunequilda.—La reina Brunequilda de Francia es execrada por casi todos los escritores como la peor mujer que tuvo el mundo. Son innumerables y enormísimas las maldades que le atribuyen: una lascivia desenfrenada, que la acompañó toda la vida hasta la edad sexagenaria; una ambición furiosa, á quien sacrificó siempre todos los respetos divinos y humanos; una crueldad desahogada, que hizo víctimas, ya de su odio, ya de su ambición, ya por medio del veneno, ya por el cuchillo, á innumerables inocentes, entre ellos algunas personas reales: ¿Quién creerá que pueda defenderse de algún modo esta mujer, cuyas atrocidades están vertiendo sangre en todas las historias? Sin embargo, parece en su abono un testigo, que si se le da fe, según el mérito de su carácter y autoridad, es capaz de desvanecer la acusación. Éste es el gran Gregorio, el cual en dos cartas escritas á aquella reina, la colma de elogios, hasta llegar en una de ellas á felicitar á la nación francesa sobre la dicha de ser gobernada por una reina ilustre en todo género de virtudes: *Præ aliis gentibus gentem Francorum asserimus felicem, quæ sic bonis omnibus præditam meruit habere reginam* (libro XI, epístola VIII), donde se debe advertir, que la data de esta carta es posterior algunos años á las más de las maldades que se cuentan de Brunequilda.

§ XXXIII.

Mahoma.—Es tan corriente entre nuestros escritores que el falso profeta Mahoma fué de baja extracción, que viene á ser éste como dogma histórico en toda la cristiandad. Pero los escritores árabes unánimes concuerdan en que fué de la familia Corasina, antiquísima y nobilísima en Meca. Es verdad que éstos pueden mentir; pero son los únicos que lo pueden saber (1).

tera, que tenía escondido en su casa el cómplice, y éste estornudó, oyéndole el marido, dice: *Maritus è regione mulieris accipiebat sonum sternutationis; cumque pularet ab ea sternutamentum proficisci, solito sermone salutem ei precabatur*. Petronio, libro II, capítulo XV, cuenta cómo estornudando Gíton, le saludó Eumoldo. Plinio, libro XXVIII, capítulo II, supone la costumbre de saludar á los que estornudan. En el *Florilegio* de los epigramas griegos hay uno gracioso, mofando á un hombre de larguísima nariz, de quien dice, que no invocaba á Júpiter cuando estornudaba, porque por la enorme longitud de su nariz, sonaba el estornudo tan lejos de sus orejas, que no le oía.

Nec vocat ille Jovem sternutans, quippe nec audit Sternutamentum, tam procul aure sonat.

Ya hemos notado que en el Nuevo Mundo y en naciones bárbaras se halló introducida la misma costumbre. Añadimos ahora al mismo propósito, como noticia graciosa, que refieren algunos autores, que cuando el rey de Monomotapa estornuda, todos los habitantes de su corte le saludan; porque los que están cerca de él hacen la salutación en tono tan alto, que la oyen los que están en la antecámara; estos hacen lo mismo, con que son oídos y imitados de los que están en la pieza inmediata, y de este modo va pasando la palabra de una pieza en otra, hasta salir á la calle, y después se propaga por toda la ciudad; de modo, que á cada estornudo de el Rey resulta una gritería horrenda de muchos millares de sus vasallos.

(1) Monsieur de Prideux, que escribió la vida de Mahoma, citado en el *Diccionario crítico* de Baillet, Y. Meccue, dice, que los ascendientes de aquel falso profeta desde su cuarto abuelo, lla-

Por otra parte, Ludovico Marraccio, autor doctísimo en las cosas de los mahometanos, en el prólogo del *Prodomo* á la refutación del *Alcoran*, bastantemente da á entender que en nuestras historias hay muchas fábulas en orden á aquel insigne embustero, y dice que los mahometanos se rien cuando oyen las cosas que algunos de nuestros historiadores cuentan de su Mahoma. Añade este juicioso autor, que esto los obstina más en su errada creencia. Y yo lo creo, porque es natural que les induzca aversión hácia los cristianos, y desconfianza de todo lo que afirman, aun en lo perteneciente á los dogmas. Por tanto, los que piensan hacer algún servicio á la religion refiriendo sin bastante exámen todos los males que pueden de los enemigos de ella, especialmente de los jefes de sectas, van tan lejos de lograr el intento, que ántes le ocasionan notable perjuicio. ¿De qué servirá, pongo por ejemplo, decirle al luterano que su Lutero fué hijo de un demonio incubo? No más que de irritarle y firmarle más en la persuasión en que le han puesto sus doctores, de que nosotros fingimos cuanto puede conducir á la causa que defendemos. Lo mismo del delito nefando imputado á Calvino, si acaso no es verdadero (lo que yo no sé), y de otras algunas cosas de este género. Estoy bien con que no se disimule cuanto puede infamar por la parte de las costumbres á los fundadores de las falsas religiones, como se justifique bien, de que hay no pocos materiales contra algunos, especialmente contra Lutero; mas cuando no hay cosa segura en la materia, no mezclamos lo cierto con lo incierto, y mucho ménos con lo falso.

Volviendo á Mahoma, no sólo en cuanto al nacimiento, mas en otras muchas cosas pertenecientes á su vida, aun en aquellas que no tienen conducencia alguna para representar verdadera ó falsa su doctrina, están totalmente opuestos los autores árabes á los europeos; en tanto grado, que el citado Ludovico Marraccio dice, que aquellos y estos, hablando del mismo Mahoma, parece que escriben la vida de dos hombres distintos. ¿Qué cosa más sentada entre nosotros, que haber sido ayo y consejero suyo el monje Nestoriano Sergio? Está esto tan lejos de ser cierto, que Marraccio juzga mucho más probable, que su maestro y director fué algún judío; lo que funda muy bien en las muchas fábulas talmúdicas y rabínicas de que abunda el *Alcoran*. Tampoco es cierto lo que se dice de la paloma domesticada que llegaba á su oreja, y que él fingía ser el arcángel san Gabriel. La historia de Mahoma, sacada por Ludovico Marraccio, como asegura él mismo, de los más escogidos autores árabes, sienta, que según éstos, eran muy frecuentes las apariciones de san Gabriel á Mahoma; mas no en figura de paloma, ni en otra alguna que fuese visible á los demas, pues aun su misma mujer Cadige no pudo verle, al mismo tiempo que Mahoma decía le estaba viendo. Sé también que

mado *Cosa*, poseyeron el gobierno de la ciudad de Meca, y la custodia de un templo de idólatras que había en ella, el cual no era ménos venerado entre los árabes, que el de Delfos entre los griegos. Pero ¿qué seguridad tenemos de que esta ilustre genealogía no sea una de las muchas ficciones con que los árabes quisieron honrar á aquel famoso embustero?

Eduardo Pocok, autor versadísimo en los escritos orientales, dice, que ningún autor árabe halló el cuento de la paloma.

Otra ú otras dos fábulas tenemos que refutar en orden á Mahoma, que tocan á su sepulcro. La primera, que está sepultado en Meca; mas este error hoy sólo reside poco más que en el infimo vulgo. Los demas comunmente saben, que el lugar de su sepulcro es Medina, ciudad de la Arabia Feliz, distante cuatro jornadas de Meca. Las peregrinaciones á Meca se hacen por haber nacido en ella su profeta y por la devoción que tienen los mahometanos con una casa que hay en aquella ciudad, la cual dicen fué edificada por Adán, y reedificada y habitada después del diluvio por Abraham. La segunda fábula, que podremos llamar error comun, es estar el cadáver de Mahoma suspendido en el aire, metido en una caja de hierro, á quien sostienen, puestas en equilibrio perfecto, las fuerzas de algunas piedras imanes, colocadas en la bóveda de la capilla, con la proporción que se requiere para que se siga este efecto. Eduardo Pocok dice, que los mahometanos sueltan la carcajada cuando oyen á alguno de los nuestros referir que esto acá se tiene por cosa cierta. En efecto, se sabe por la deposición de muchos testigos, que han estado en aquellas partes, que no hay tal suspensión de cadáver de Mahoma en el aire. Ni en buena fisica es posible; pues aun cuando se venciese la gran dificultad de poner en perfecto equilibrio las fuerzas de dos ó más imanes, restaba otra igual en el hierro de la caja, el cual también se había de equilibrar según las partes correspondientes á distintos imanes, para que una no hiciese más resistencia que otra á la atracción, con el peso. Aun no bastaban estos dos equilibrios, sin otro tercero del peso de la caja con la fuerza de los imanes.

Pero demos vencidas todas estas dificultades. Aun no hemos logrado cosa alguna para el intento; porque aun en caso que el hierro se suspendiese, sólo por un brevísimo espacio de tiempo podría durar la suspensión, pues cualquiera levísimo impulso del ambiente desharia en el hierro suspendido el equilibrio. Ni aun sería menester esto, porque siendo la virtud magnética alterable, y no subsistente continuamente en un mismo grado, por este capítulo se desigualaría en los imanes dentro de poco tiempo. Así, se cuenta que el padre Cabeo con gran trabajo puso una aguja pendiente entre dos imanes, mas no duró en la suspensión sino el tiempo en que se podrían recitar cuatro versos exámetros, y luego se pegó á uno de los dos imanes. Por el mismo capítulo debemos dar por fabuloso lo que algunos autores refieren de la imágen del sol, hecha de hierro, y suspendida entre imanes en el templo de Serapis en Alejandría.

§ XXXIV.

Reyes franceses de la línea merovingia.—La causa de la traslación del imperio frances de la línea merovingia á la carlovingia se creyó mucho tiempo, sin contradicción, haber sido la incapacidad de los reyes de la primera estirpe. Así lo afirman varios autores y crónicas antiguas; mas habiéndose notado que es muy verisímil que todos copiasen á Eginardo, que precedió á

los demas, y que en Eginardo concurren motivos, que le hacen sospechoso en este punto, se empezó á dudar, y á la duda sucedió en autores franceses modernos de la primera nota la absoluta negativa. Fué Eginardo secretario de Estado, muy favorecido de Carlo Magno. Era este príncipe interesado en que á su padre Pipino no se hubiese transferido la corona de Francia en la deposición de Childerico, por vía de usurpación; pues, aun dejando aparte la fealdad de la perfidia, si su padre había sido tirano, no poseía él con legítimo derecho. No había otro modo de cohonestar la coronación de Pipino, sino declarando incapaces de reinar, juntamente con Childerico, á los demas reyes predecesores de aquella estirpe; pues aunque Childerico lo fuese, no bastaba para quitar el derecho á sus hijos, cuando llegase á tenerlos (fué depuesto en edad muy jóven), si sólo para tomar alguna providencia para el gobierno, durante su vida.

Eginardo, pues, que como ministro de la mayor confianza de Carlos, no podía apartar de sí los intereses de su dueño, tiene sobre sí para este efecto la sospecha de apasionado. Añádese, que en su narración están mezcladas algunas circunstancias, ya falsas, ya increíbles. Dice que Childerico fué depuesto, y coronado Pipino por autoridad y orden del papa Estéfano III. Esto no pudo ser, porque la elección de este papa, ó fué posterior algunos dias, ó con la diferencia de muy pocos incidió en el mismo tiempo que la coronación de Pipino; por lo cual otros buscan para justificar aquella coronación, y no violar la cronología, la autoridad del papa Zacarías, que había sido ántes. Lo que Eginardo dice de la inacción y abatimiento en que vivían los reyes merovingios, es totalmente increíble. Refiere que salían en público y hacían sus jornadas sobre un carro conducido de dos bueyes, y regido por un rústico en la forma ordinaria. ¿Quién podrá creer tal extravagancia? (Que no tenían otra renta que la que les redituaba una pequeña aldea; todo lo demas tenían y disponían de ello á su arbitrio los mayordomos de palacio. Pero ¿cómo es compatible esto con las edificaciones de varios monasterios, y grandes donaciones que hicieron á otros muchos, de los reyes merovingios?)

§ XXXV.

Tragedia de Belisario.—La tragedia de Belisario se halla vulgarizada en infinitos libros como uno de los mayores ejemplos que han parecido en el teatro del orbé á representar las inconstancias de la fortuna. Cuéntase que á aquel gran caudillo, después de coronado de tantos laureles, el emperador Justiniano, habiéndole hallado cómplice en una conspiración, le hizo quitar los ojos y redujo á tan extraña miseria, que pasó el resto de su miserable vida á favor de la mendicidad, pidiendo limosna por las calles y puertas de los templos.

Esta narración se halla contradicha por Cedreno y otros autores graves. Pero lo que más eficazmente la impugna es el silencio de Procopio, autor de la *Historia secreta*, que es una violenta sátira contra el emperador Justiniano y su esposa la emperatriz Teodora. Este autor, que vivió dentro de Constantinopla, en el mismo tiempo que Justiniano, y sobrevivió á este em-

perador, no podia ignorar la tragedia de Belisario, si fuese verdadera, ni es creible que en su *Historia secreta* callase un suceso de esta magnitud, especialmente cuando le podia hacer tanto al propósito que seguia de descubrir y ponderar todos los vicios del Justiniano, pues difícilmente se le podria eximir de la nota de ingrato y cruel, áun cuando Belisario tuviese alguna culpa, porque apenas otro príncipe debió más á vasallo alguno que Justiniano á Belisario; fuera de que, le era muy fácil, negando ó minorando la culpa, dejar en grado de mera crueldad el suplicio.

Dícese á favor de la opinion comun, que en Constantinopla hay una torre con el nombre de *Torre de Belisario*, de donde coligen que en ella estuvo preso este grande hombre. Flaco cimiento á tanta tragedia, pues pudo dársele ese nombre por otro cualquier accidente, respectivo al mismo Belisario, y pudo tambien éste estar preso en ella, sin que su calamidad pasase más allá de una breve prision. De hecho, ántes de la segunda expedicion á Italia, estuvo Belisario caido de la gracia del Emperador por influjo de la emperatriz Teodora. Entónces pudo estar preso algunos días; y Procopio, que reliere esta menor desgracia de Belisario, no callaria la mayor, siendo verdadera.

§ XXXVI.

La Doncella de Francia.—La famosa Juana del Arco, llamada comunmente la Doncella de Orleans ó la Doncella de Francia, hace una gran representacion en la historia de aquel reino, como heroína celestial, á quien Francia confiesa deber su restauracion del total ahogo en que la tenian puesta las victorias de los ingleses, debajo de la conducta de su rey Enrico VI.

La historia de esta prodigiosa doncella, reducida á compendio, es en esta manera: hallándose caidos de ánimo los franceses, y más que todos, su rey Carlos VII, con las derrotas que habian padecido, sin aliento tambien ni arbitrio para ocurrir á la que de nuevo les estaba amenazando en el sitio de Orleans, que apretaban fuertemente los ingleses, una pobre pastorcilla (ésta es nuestra Juana), de edad de diez y ocho á veinte años, natural de una corta aldea sobre la Mosa, tuvo, ó inspiracion oculta, ó comision expresa de Dios, para socorrer á Orleans y hacer consagrar á Carlos VII en Rems. Para la ejecucion, habiendo ántes declarádose con uno de los señores del reino, fué presentada por éste al Rey, á quien conoció al punto, sin haberle visto jamas, aunque, para probar si era conducida de espíritu divino, se le habia ocultado entre otros muchos cortesanos con un vestido ordinario. Hiciéronle varias preguntas, y á todas satisfizo excelentemente. Dió noticia de algunas cosas, que se juzgó no podia saber sino por revelacion. En fin, sobre el fundamento de estas pruebas fiaron á su conducta el socorro de Orleans, en que los franceses, animados por ella, hicieron levantar el sitio á los ingleses, y con el mismo influjo y asistencia lograron sobre ellos otras ventajas. Condujo, rompiendo algunos estorbos, el Rey á Rems, donde se ejecutó la ceremonia de la consagracion; pero habiendo sido, en fin, cogida por los ingleses, la llevaron á Ruan, donde

la acsaron inicuaemente de hechicería, y hecho el proceso en la forma ordinaria, la condenaron al fuego.

Dí alguna noticia de esta rara mujer en el discurso acerca de la *Defensa de las mujeres*, apuntando precisamente como conjetura el dictámen de que acaso fué igualmente falsa la mocion divina que le atribuyeron, y áun hoy atribuyen, los franceses, como el crimen de hechicería que le imputaron los ingleses. Mas ahora, á favor de un historiador célebre, pasa mi conjetura á noticia positiva. Éste es el señor Du Haillan, quien afirma que cuanto se admiró en Juana del Arco fué efecto del artificio político, sin intervencion alguna ni de inspiracion divina, ni de pacto diabólico. Segun este autor, tres señores franceses, que nombra, jugaron esta pieza, instruyendo primero largamente á la doncella de todo lo que habia de decir y responder, y manifestándole algunas cosas de las más interiores de palacio, para que se juzgase las sabía por superior ilustracion. En fin, todo lo ordenaron de modo, que pareciese era movida de impulso celestial, usando de este arbitrio, como el más eficaz ó único medio para animar los espíritus desalentados del Rey y de las tropas. Añade, que no faltaban quiénes decian que la que se llamaba doncella no lo era, sino concubina de uno de los tres señores. Fuéselo ó no lo fuese, supongo que echaron mano ántes de esta mujer que de otra, por haber conocido en ella capacidad, despejo y corazon proporcionados para un negocio de este tamaño. Sé que Gabriel Naudé, en sus *Golpes de Estado*, siente lo mismo que Du Haillan, y cita por su opinion á Justo Lipsio y al señor Langei, añadiendo que otros autores, así extranjeros como franceses, la llevan. Con este desengaño se le quita á la famosa Juana del Arco la cualidad de mujer milagrosa, pero sin degradarla de heroína.

§ XXXVII.

Preste Juan.—Siendo tan trivial la noticia del preste Juan de la India, que hasta los rústicos y niños le nombran, es cosa admirable que áun no se sepa con certeza qué príncipe es éste, ni dónde reina, ni por qué se llama así. Cuando los portugueses tuvieron las primeras noticias de que el rey de los abisinios profesaba el cristianismo, y que los suyos le llamaban Belul Gian (otros dicen Jean Coi), creyeron que éste era el nombrado preste Juan, y su creencia se hizo comun á toda Europa. Despues, sabiéndose que aquellas voces en la lengua abisina tienen significacion diferente de la que les daban, y valen lo mismo que *rey precioso* ó *rey mio*, y haciéndose juntamente reflexion de que los que ántes habian dado noticia del preste Juan, no le ponian en la África, sino en la Asia, se desvaneció en los hombres de alguna letura este error; quedando, no obstante, en pié la duda de en qué parte de la Asia reina este príncipe cristiano, y por qué le llaman preste Juan; sobre que hay tantas opiniones, que no se pueden enumerar sin tedio. En una cosa convienen las más, y es, que este príncipe es de la secta nestoriana; en lo demás hay suma diversidad. Algunos dicen que este imperio fué extinguido por los tártaros; otros, que al emperador del Mogol se le dió el nombre de preste Juan por equivocacion, con el motivo de que algunos de

aquellos monarcas tomaron el título de *Schach Gehan*, que significa *rey del mundo*. Tanta variedad de opiniones me ha ocasionado algun recelo de que sea enteramente fabuloso este rey cristiano de la Asia; y si acaso Marco Paulo Veneto fué el primero que trajo acá esta noticia, y los demás la tomaron de él únicamente, es nuevo motivo para la desconfianza. Sería bueno que se anden rompiendo la cabeza los escritores, y escudriñando todos los rincones del orbe en busca del preste Juan, y que acaso no exista ni haya existido jamas tal preste Juan en el mundo; por lo ménos, el que no existe ahora lo tengo por muy verisímil, porque en las relaciones modernas que he visto no encontré tal noticia, siendo así que sería dignísima de la curiosidad y advertencia de los viajeros.

§ XXXVIII.

Descubrimiento de la América.—Luégo que se ejecutó el feliz viaje del intrépido genoves Cristóbal Colon á la América, todo el mundo le atribuyó la gloria de ser el primer descubridor de aquellas vastísimas regiones. La voz comun áun hoy está por él. No obstante esto, algunos transfieren la dicha de este descubrimiento á un piloto español, que andaba traficando en las costas de África, y arrebatado de una violenta tempestad, dió con su navío en la América. Dicen que éste, de vuelta, aportó á la isla de la Madera, donde á la sazón se hallaba Colon, quien generosa y caritativamente le acogió en su casa. Refirióle el piloto á Colon toda su aventura, y muriendo poco despues, le dejó todas sus memorias y observaciones, sobre cuyo fundamento se animó despues Colon á aquella grande empresa. Al piloto español le dan unos un nombre, y otros otro.

Pero no quedó esta cuestion precisamente entre el piloto italiano y el español. Otro de Alemania entró despues en tercería. Federico Stuenio, autor alemán, en una disertacion que el año de 1714 dió á luz con el título de *Vero novi orbis inventore*, afirma que el primer descubridor del Nuevo Mundo fué Martin Bohemo, natural de Nuremberga; que éste, fundado en no sé qué conjeturas, recurrió á Isabela de Portugal, viuda de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, que á la sazón gobernaba á Flándes; que esta princesa le entregó un bajel, en el cual navegó hasta las islas Terceras ó de los Azores, de donde surcó hasta las costas de la América, y pasó el estrecho de Magallanes; que hizo un globo y un mapa de sus viajes; que el globo le guardan áun sus descendientes, pero el mapa fué presentado á don Alonso el Quinto, rey de Portugal, y pasó despues á las manos de Colon, á quien sirvió de excitativo y de guía para su navegacion. En cuanto al descubrimiento de las islas Terceras, aunque los portugueses le atribuyen á su compatriota Gonzalo Vello, es probabilísimo que se debe á los flamencos, ora fuese bajo la conducta del alemán Martin Bohemo, ú de otro, porque esto lo afirman muchos autores desapasionados, y en esta consideracion les dé el nombre de *islas Flamencas*. Tomas Cornelio dice que áun hoy subsiste en ellas la posteridad de los flamencos que las descubrieron. En cuanto á que Martin Bohemo pasase hasta la América y penetrase el es-

trecho de Magallanes, lo juzgo muy incierto. Al fin todo está en opiniones; pero cualquiera cosa que se diga, siempre le queda á salvo á Colon un gran pedazo de gloria; pues aunque se fundase en noticias antecedentes, siempre pedia aquella empresa un corazon supremamente intrépido, y una inteligencia superior de la náutica.

§ XXXIX.

Alejandro VI.—La memoria de nuestro español el papa Alejandro VI está tan manchada en las historias, que parecen borrones todos los caracteres con que se escribió su vida. Ni yo emprendo, ni juzgo que nadie pueda probablemente emprender su justificacion respecto de todos los crímenes que se le atribuyen. Pero ¿no puede discurrirse que el odio de sus enemigos aumentó el volúmen de las culpas? Es cierto que fué Alejandro muy aborrecido de los romanos, parte por culpa suya, y parte por las de su hijo el desafortado César Borja. Y creo firmemente que, hasta ahora, á ningun príncipe que haya incurrido el odio público, dejó el rumor del vulgo de atribuirle más culpas que las que verdaderamente habia cometido. A que se debe añadir, que si los escritores están tocados del mismo afecto, fácilmente admiten y estampam en las historias los rumores del vulgo.

Pasemos de esta reflexion general (la cual igualmente sirve á todos los demás príncipes aborrecidos de los suyos, que al papa Alejandro) á un hecho particular, el más atroz sin duda de cuantos se imputan á este pontífice. Dicese que conspiró con su hijo César á quitar la vida con veneno á algunos cardenales, entre ellos á Adriano Corneto, que era muy devoto suyo, á fin de hacer presa en sus riquezas; que á este intento instituyeron un gran convite en una casa de campaña del nombrado cardenal Corneto, preparando un frasco de vino emponzoñado, que se habia de servir por un criado, sobornado para esta maldad, á los cardenales destinados á la muerte; que despues, por equivocacion, el vino emponzoñado se sirvió únicamente al Papa y á su hijo; que, en fin, el hijo, á favor de su robustez y del remedio que le prescribieron los médicos, escapó; pero el Papa, como hombre de edad muy crecida, no pudo resistir, y rindió la vida á la violencia del veneno.

Este cruel atentado, y su funesta resulta, creo se pueden cuestionar con bastante probabilidad. Algunos de los que afirman el hecho dudan si tuvo alguna parte en él el Papa, ó si toda la culpa fué de César Borja. Natal Alejandro, que es uno de los autores más acres contra aquel pontífice, confiesa que no faltan quienes defiendan que toda la narracion hecha es fabulosa, añadiendo, que algunos diarios manuscritos testifican que murió al séptimo dia de una fiebre continua, esto es, de una enfermedad regular. Y valga la verdad. ¿Por qué no se ha de creer á estos? Los diarios se escriben originalmente en el mismo lugar y al mismo tiempo que acaecen los sucesos. ¿Qué escritos, pues, más fidedignos? ¿Quién dentro de Roma, acabando de morir Alejandro, se atrevería á escribir que habia muerto de una dolencia regular al término de siete dias, siendo esto falso, y constando á toda Roma la falsedad? Diráse que pudo ser tal el veneno, que excitase la calentura, y con este instru-